



BIBLIA

LOS EDUCADORES EN LA FE SEGÚN LA TRADICIÓN BÍBLICA

 **Pbro. Nehomar García**

Lo que hemos oído y aprendido, lo que nuestros padres nos contaron, no lo callaremos a sus hijos, a la otra generación lo contaremos (Sal 78,3-4).

Enseñar y aprender (למד = lamad) se escriben en hebreo con lamed (ל = l), la letra más alta del abecedario hebreo, ya que son las 2 virtudes más nobles para el pueblo de Dios, al expresar la transmisión de generación en generación de lo que sostiene al hombre, no lo material, sino la palabra que se custodia, no en cofre, sino en la fidelidad al comunicarla (Sb 7,13-14; 16,26). Quienes la enseñan, la escuchan y la ponen en práctica son los verdaderos sabios del pueblo de Dios (Dt 4,6; Qo 12,9; Si 8,9; Lc 1,18; 11,27-28; Ap 1,3).

Esta responsabilidad cae principalmente sobre los padres, animadores y líderes de comunidades (Dt 4,32-40; 11,18-22). Si con el vientre se llena la tierra (Gn 1,28), es a través de la palabra narrada que los hijos pueblan el cielo. No es suficiente, por tanto, ser padres biológicos, es necesario ser padres espirituales, educadores de la fe (Is 38,19), generando la vida de Dios en los hijos. La misma naturaleza curiosa de los hijos pondrá a los padres ante esta misión (Ex 13,14). Entre las obligaciones exigidas al padre por el Talmud de Babilonia (= enseñanza, de la raíz lmd), están instruir al hijo en la Ley y enseñarle un oficio, preferiblemente natación, porque de la instrucción depende la vida de ellos (Dt 11,26-28; Pr 22,24-28).



La primera vez que el verbo “enseñar” aparece en la Biblia es en Dt 4,1. Su posición es estratégica. Moisés, consciente de morir sin entrar a la Tierra Prometida (Dt 4,21), busca que el pueblo que él guio durante 40 años por el desierto, se mantenga fiel a las enseñanzas de Dios cuando llegue la época después de él y sin él, en la época de Josué, su sustituto (Dt 31,23). El educador de la fe es responsable y garante, más allá de su presencia física en el tiempo, de la fidelidad al Señor por parte de la comunidad.

La historia se presenta como maestra y como lugar en el que Dios enseña y muestra sus caminos (Sal 25,4-5). Se narra la historia de salvación (Dt 1—3) encontrando en ella fundamento y motivación para exigir a la comunidad; de allí el adverbio “ahora” en Dt 4,1. La historia enseña a actuar por lo que Dios ya hizo y no tanto por lo que esperamos recibir de él. De lo contrario, nuestra fe sería interesada (Jb 1,9-11).

La enseñanza de Moisés no va dirigida a una masa sin identidad. Israel es su destinatario inmediato, aunque no único (Dt 4,1.6). Moisés, además, reconoce que la fuente de su enseñanza y de las promesas no es él, sino Yahvé. La poca fecundidad de nuestra labor pastoral es debida tantas veces al desconocimiento de los destinatarios y de su complejidad, pero también por olvidarnos del Dueño de la viña (Mt 21,40).

Pero no es suficiente que el educador en la fe repita sin alteración la historia de los padres (Sb 7,13-14). El mundo sapiencial exigirá que se siga cantando las proezas del Señor, pero convirtiéndolas en súplica actual (Sal 80). Le pedimos a Dios que nos enseñe sus caminos (Sal 25,5; Is 48,17), porque Él se hizo presente, pero sin dejar rastros (Sal 77,20). El educador de la fe rastrea esos pasos del Señor en su presente. A diferencia del Deuteronomio, que enseñaba que la felicidad coincidía con la fidelidad a los preceptos divinos (Dt 6,24-25), los sapienciales le enseñarán que el fiel también sufre, padece y muere y que, atravesando la prueba amarga, se alcanza la vida verdadera (Sb 2,12-24).

El evangelio según san Juan no solo ocupa el puesto de cerrar el canon fundador de los evangelios, y el paso de la misión de Jesús a la de los discípulos, como el Deuteronomio con el Pentateuco y Moisés con Josué, sino que se relaciona con él en la centralidad de la palabra (Dt 1,1; Jn 1,1); en la tumba no encontrada de Moisés (Dt 34) y la abierta y vacía de Jesús (Jn 20); que los dos libros hablan de sí mismos (Dt 31,9; Jn 20,30), como palabras que engendran y transmiten la vida (Dt 4,1; Jn 20,31).

Para san Juan, Jesús es el verdadero Rabbí (Jn 1,38.49; 3,2; 4,31; 6,25; 9,2; 11,8), que engendra la vida en Dios (Jn 3,3), superior a Moisés (Jn 1,17.45; 5,45-46). Jesús, consciente de volver al Padre (Jn 13,1), asegura la continuidad del evangelio en el envío de los discípulos misioneros que, con la asistencia del Santo Espíritu (Jn 14,26), estando en el mundo, sin ser del mundo (Jn 17,11.14), con el único requisito de amar al Señor Jesús (Jn 21,15-17), lleguen, permaneciendo en Cristo (Jn 15,4), a ser uno y así el mundo creará en Dios (Jn 17,20-23). La sabiduría de Israel, que lograría la conversión de los pueblos paganos (Dt 4,6), es ahora explicitada en la deseada unidad de los hijos en Dios Padre (Jn 17,21). El verdadero educador de la fe no se reduce a transmitir un mensaje, sino que en Jesús se aprende a darse por completo por la vida del mundo (Jn 3,16-17), a despropiarnos con María (Lc 1,38), caminar como ella con la Iglesia (Hch 1,14) y con ella ser fieles hasta la cruz (Jn 19,25-27).

